

Primeras Jornadas de Debate sobre Literatura Latinoamericana y Estudios de Género
Centro Cultural “Francisco *Paco* Urondo” 25 de Mayo 221 Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Actividad auspiciada por el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género y el Departamento de Letras de la UBA
jornadallyeg@gmail.com
www.jornadallyeg.blogspot.com

Organizadoras:

Paula Torricella, Universidad de Buenos Aires, Letras dulcelubet@gmail.com
Laura Arnés, Universidad de Buenos Aires, Letras lemanja.urbana@gmail.com

Obreras del amor y carne de matadero

Ponencia, Ximena Vergara (UBA)

“Ninguna mujer nace para puta” es una frase que surgió en un taller realizado por *Mujeres Creando* en Bolivia, y se convirtió, en enero de 2006, en el título de la muestra que se exhibió en el Museo Tambo Quirquincho, de La Paz, con el auspicio de la oficina cultural de esa capital. Con esa muestra, interpelaban el concepto de “trabajadoras sexuales” y hacían visible la situación de explotación, impunidad y negación de derechos que soportan las prostitutas. Es importante rescatar justamente, el término “trabajadoras” porque se trata, se trató y se tratará siempre ni más ni menos, que de fuerza de trabajo. De ponerle el cuerpo a una realidad ignominiosa.

Esta ponencia tratará de recuperar en nuestra historia, argentina por cierto, pero que ciertamente traspasa fronteras, la historia de cómo han sido retratadas las prostitutas y por ende su oficio, según algunos escritores/as que escribían para la revista *Los Pensadores*, de la editorial Claridad, aquellos a quienes se los agrupó en el *Boedismo*, pero también cómo la liberación de la mujer y el fin de la explotación ya era un tema que venía siendo tratado por las mujeres anarco comunistas de fines del siglo XIX. Un imbricado cruce entre realidad y fantasía, entre literatura, periodismo y agitación, que intentará colaborar y aspira a dilucidar ciertas cuestiones alrededor del problema de la prostitución en la Argentina de principios de siglo XX y de cómo una problemática con un conflicto determinado y bien esclarecido por estas mujeres anarquistas puede derivar en tema cuando los poetas, tal vez sin mala intención, buscan motivos humanos para su

inspiración, convirtiendo en figuras, un complicado entramado de constelaciones que tienen el sello de una explotación muy particular: la del hombre por el hombre.

Carnadas

Nuestro primer recorrido nos llevará por los caminos de la anécdota de César Tiempo y el parto de Clara Beter, una prostituta que escribía desde la redención versos acerca de su “caída”. Contaba César Tiempo, que no era otro que Israel Zeitlin, que cuando se hizo pasar por la “mujer que vivía en las nubes” lo hizo haciéndose cargo de cierta recomendación socrática que aparecía en los *Dialogos*, de Platón; precisamente, era en “*El Fedón o del alma*”, donde se aconsejaba al poeta, que quisiera serlo verdaderamente, no componer discursos en verso sino inventar ficciones. El joven Israel de tan sólo dieciocho años, motivado por la sugerencia y las ansias de posicionarse como artista, escribe un poema dedicado a Tatiana Pavlova, gran actriz ítalo rusa, pero haciéndose pasar por una amiga de su infancia llamada Kátinka. Rubia y pecosa ella, nieta de un molinero, admite Zeitlin que no podía ser otra que la heroína de la novela de Tolstoi: *Resurrección*.

Doble y falso milagro, entonces, otro escritor convertía el verso en otro verso, sin llegar el verbo a encarnarse. La tónica del poema, también confesaba el autor de la farsa allá por el '74, “engarzaba con puntualidad prefabricada en la estética redentorista de Boedo” o *Boedowsacaia* como los llamaba chistosamente Enrique Menéndez Calzada aludiendo a la devoción que tenían por los rusos los integrantes del grupo. El engarce era tan perfecto, que al leerlo, Elías Castelnuovo resolvió entrar en contacto con la poetisa para estimular su vocación y dar a luz su íntimo drama. Los versos resumaban demasiada verdad, e imposible era para éste último atribuirlos a una imaginación

desgobernada. Clara Beter existía y su existencia dependía de su oficio. Sólo el que lo hace lo sabe y puede contarlo. Pero el ser, ¿Es lo que es porque hace lo que hace?. ¿Hace lo que hace porque es lo que es? Antonio Zamora, el director de la revista *Claridad*, insistía “¡Esa mujer escribe lo que escribe porque es lo que es!”. Pero ¿quién era esa mujer? ¿Qué es una mujer? ¿Qué quería Clara Beter en ese gesto sutil de intercalar distraídamente, sus versos entre la revista de ese grupo? Los versos se publicaron. La criatura empezaba a crecer por exigencia de los demás. En Uruguay Alberto Zum Felde consagraba su glosa de *El día*, a la Beter. Más tarde le atribuía a la misma un origen polaco, a pesar de que los versos hablaban de la *Ukrania* natal. Carta iba, verso venía, el libro se publicó bajo el nombre que los editores le impusieron: “*Versos de una...*” En él, la impudicia no se nombraba, y el sujeto menos. La Beter no aparecía por ningún lado y aún así Castelnuovo le escribía el prólogo. Arlt quería traerla a Buenos Aires –pensaban que residía en Rosario-, para explotarla y la recaudación, destinarla a la institución de un premio Nobel para escritores argentinos. Efectivamente, la realidad ya era de novela. Pero la ficción, ¿Bebía de los registros de la realidad y la desbordaba?(Rosa:2004, p.13) ¿De qué realidad se empachaban estos escritores que escribían en la década del '20? ¿De dónde emergía y en dónde se hundía el anzuelo que tantos mordieron?

¿De qué color era Eva?

Dos años antes del nacimiento de la Beter, aparecían en la revista *Los pensadores*, unos “Apotegmas cínicos”¹ que nos ayudarán a reponer el imaginario sociosexual y de género de la época. Algunos rezaban: “*No conviene que la mujer se*

¹ *Los pensadores*, año III, 9 de diciembre de 1924. N° 101.

independice. La independencia de la mujer significaría la ruina del hombre como la independencia del proletariado significaría la ruina total de la Burguesía”; otro: “La mujer inventó el dinero para que el hombre la comprara y en seguida inventó la moral para que después de haberse vendido, el muy bellaco no la estafase”; “de Eva a Sara Bernart la mujer ha progresado. Hoy la más hedionda de las ramera consideraría una deshonra venderse por una vil manzana”; “la mujer honrada cuesta más cara que la mujer disoluta: la virtud gasta más que el vicio”; y el último: “la mujer supone que el útero es una caja de ahorros”.

Justamente, era Alberto Ghirardo quien, a raíz de *La trata de blancas*², afirmaba que se presentaba un cuadro en donde la mujer era víctima de un mercader repugnante sobre el cual se pretendía descargar toda la ira social, como si él no fuera así mismo, un producto del ambiente. El problema era que si el artículo abundaba, era porque había demanda de él en plaza, con lo que eran tan culpables el que vendía como el que compraba. En su artículo, Ghirardo afirmaba que había que apreciar el mal en toda su magnitud. Destacaba que la desgraciada que caía en el antro, lo hacía porque: primero, por hambre; segundo, por exigencia fisiológica; tercero, por intriga o engaño; cuarto, por vergüenza de ser madre; quinto, por incapacidad para ejercer otras tareas. Asimismo afirmaba: “trate de suprimirse estas causas y se suprimirá el cáncer. ¡Pero no seamos hipócritas ni mojigatos! Una sociedad que reglamenta la prostitución, que cobra fuertes impuestos por permitir el comercio infame, no puede decir honradamente que busca la desaparición del mal. Lo que busca es tapar la llaga”. Astutamente, reconocía Ghirardo en las condiciones inicuas de explotación impuestas por aquél Estado a las familias obreras, la causa por la que, a cada paso, por falta de alguno de sus familiares –padre,

² *Los pensadores*, año III, 23 de diciembre de 1924. N° 102

madre, hermano-, quedaban expuestas algunas mujeres, a la más desesperante miseria. A esto le sumaba el falso concepto del honor femenino que no admitía el contacto sexual sin la sanción suprema de la ley, el desprecio que la sociedad demostraba por la mujer capaz de concebir fuera de las condiciones, prefiriendo así el detenimiento de la energía procreadora y dando privilegios ridículos a las jóvenes pobres y ricas, educación perjudicial que las incapacitaba para la lucha en la vida y en cambio, las entregaba rendidas al dominio del hombre, brutal casi siempre. Todos estos eran para Ghirardo en 1924, los verdaderos problemas a dilucidar.

Asimismo, desde el periódico comunista- anárquico, *La voz de la mujer*, cuyos nueve únicos números vieron las calles porteñas entre enero de 1986 y principios del '87, se ocuparon de esta misma problemática, dando en la tecla algunas veces y otras, careciendo de un análisis más profundo que atendiera las necesidades y creencias de las mujeres que buscaba influir. En el primer número ya pronosticaban: “*y cien y cien veces hemos visto víctimas de la lubricidad burguesa las míseras obreras, bajar rápidamente en horribles tumbos y caer despeñadas al abismo del vicio, que cada vez más hambriento e insaciable las tragaba, cubriéndolas de ceno y lágrimas, que, niñas casi... que apresuraban por sí mismas su caída, para con ella librarse de la rechifla y el escarnio de sus mismos verdugos!*”. Ahora bien, caída deja afuera toda posibilidad de elección. Para estas mujeres de fines de siglo XIX, la prostituta era víctima de la miseria, y ésta última era el resultado de la explotación burguesa. Advenidas en esta raza maldita a la cual no le esperaba más que miseria, puestas en el yunque, no tenían muchas opciones. Rodeadas de podredumbre, y en algún momento tras una “caída” de la “fuerza de voluntad” en detrimento de la física que poseían, quedarían a expensas de las garras del lupanar y condenadas a morir de anemia, en aquél miserable jergón. Sin

embargo, también reconocían a la prostitución burguesa ya que “para ser tal, es preciso que mienta amor a quien solamente odia, que engañe y que sea hipócrita, que se de, en fin, a aquél o aquélla a quien detesta”. De ahí que proclamaran el “Amor libre” en detrimento del matrimonio por conveniencia; porque en definitiva eran aquellas mujeres, esposas, hijas o madres de aquellos que luego comprarían el cuerpo de otras y lo cubrirían de “cieno babeante, corruptor y nauseabundo”. ¡Esas mismas que a su vez, tenían un marido y cien amantes! En el número 7 del periódico, Pepita Gherra, nos narraba su historia. Cuenta que un día de 1880 iba ella por la calle, cuando se encuentra con un “niño envuelto”. Una recién nacida que había sido abandonada a su suerte. Luego de exclamar y preguntarse cómo era posible que hubiera seres tan desnaturalizados, se interrumpió y reflexionó “¿Quién sabe con cuanto dolor, con qué angustioso pesar se determinó la madre de ese niño a abandonarlo de tal modo?”. Efectivamente, la madre lo había soltado no sin culpa y con una carta en la que explicaba que sin valor para soportar el escarnio y la rechifla del mundo, se veía obligada a abandonar a la niña cuyo nombre era Miriam y que no era hija del vicio ni de la corrupción, sino del amor noble pero no legalizado y que causaría tremenda deshonra en sus padres. Por ello, para absolverlos de tal desdicha, prefería ella sufrir y abandonar a su hija, aunque su corazón se rasgara en jirones. Años más tarde, la pequeña Miriam ya crecida se enamoraría, a pesar de los consejos rigurosos de Pepita, del capataz de la fábrica. Al quedar embarazada y temiendo la cólera de su madre adoptiva y para ahorrarle las deshonras, huyó a un hospital, tuvo a su hija y luego buscó trabajo. Pero convencida de que en ninguna parte obtendría lo suficiente para pagar la lactancia de su niña y sus necesidades, “no halló más camino que el de la prostitución”. En una carta, Miriam le explicaba que había tomado la “resolución” de vender su cuerpo, debido a lo

mezquino de los salarios, y que si se prostituía era sólo por no abandonar a su hija. Miriam luego murió consumida por la tisis y su cuerpo mártir y destrozado por el bisturí del anatómico fueron la mofa y la risotada de los practicantes que rodeaban la mesa que verificó la autopsia. Sus restos, descansaban en una fosa de la Chacarita. Luego de contarnos esta triste historia, Pepita preguntaba a todos cuantos insultaban a la ramera, ¿Cuál de las dos madres fue la más noble, la que abandonó su hija para salvarse, o la que por salvar su hija sucumbió? ¿Se comprendía por que se caía? No, no había que insultar a la mujer caída porque ella era la víctima de esa sociedad, y es por ello que la solución que estas anarquistas proclamaban no era la redención como los de Boedo, sino despertar, sin invocar a Dios, a ese Dios que no existía para ellas, sino alzarse y romper sus cadenas. Unirse al movimiento anarquista, a su literatura, educarse, esclarecer las causas y unirse al combate. Ellas proclamaban la libertad de todas las prostitutas, pero de toda la esclavitud de la clase obrera. Porque consideraban que los efectos tenían sus causas y que era a esas últimas a las que había que atacar cuando los efectos eran malos. Se preguntaban haciendo referencia a la libre iniciativa de ciento cincuenta mujeres que en Montevideo se habían organizado en contra de su esclavitud: “¿Cuál es la causa de que nuestras infelices protegidas lleguen a estas playas para ser sumidas en el horrendo recinto del prostíbulo? Por la miseria sin duda, abandonaban a sus familiares y llegaban hasta estas costas. Luego, la miseria era la causa de su desgracia. Pero ¿Cuál era la causa de la miseria, no de ellas sino de todos los obreros del mundo entero? Aquellos que poseyendo millones, tenían a bien traficar con el hambre, el trabajo y la sangre del obrero. “Aquí en la culta Buenos Aires, como la llamáis vosotras, sucumben millones de jóvenes, unas en el taller, otras en su hogar, por exceso de trabajo y falta de alimento, y otras en el prostíbulo, y en los hospitales miles”.

Cuando una persona estaba obligada a vender sus fuerzas o su cuerpo a un patrón, no era libre en modo alguno y no ser libre era ser esclavo. Por ello, no había que besar más la mano del que las abofeteaba.

Pero no todas son Milonguita

Lejos de la mítica Estercita que escribió Samuel Linning en 1920, aquella niña pura que cayó engañada en los infortunios de la noche y sus excesos, y a la que luego llamarían Milonguita, las prostitutas, -quizás luego de algún arduo entrenamiento-, eran las que convertían camas en un charco. En el número cinco de la revista Claridad de 1926 podía leerse lo siguiente: “Milonguita o Estercita son dos atorrantas sin cacumen, que prefieren lavarse el útero a cada rato antes que ponerse a lavar pisos, que es para lo que sirven” (Viñas: 2005, p.166) Las mujeres prostitutas comienzan a poder ejercer la profesión pidiendo la habilitación de la persona, con requisitos administrativos y libreta sanitaria, logrando mayor libertad de trabajo. La legislación no condenaba a la prostituta, pero sí al rufián y a la falta de control sanitario. Andrés Carretero logra categorizar a estas mujeres en siete registros: Las **Cocotte, Mantenido, Cabaretera, Prostibulera, Yiranta, Prostituta libre y Alcahueta**. Entre las causas del por qué de la elección de tal oficio -entre 1898 y 1913- se destacan: por lucro, cansancio del trabajo anterior, por gusto, por falta de recursos, por criar a un hijo, seducción y abandono, disgustos varios, para dirigir un prostíbulo, por malos consejos. Paulina Luisi, nacida en Entre Ríos en 1875, doctorada en Medicina y cirugía en Montevideo, especialista en dermatología y enfermedades venéreas en París, obstetra y, sobre todo, anarquista, entendió muy bien el problema. De ahí que pregonara no sólo por la educación de la mujer, el libre acceso a profesiones, la lucha contra la trata de blancas y la prostitución reglamentada, sino también por la abolición de la doble moral sexual, la liberación de la

mujer de la tutoría del hombre empezando por lo que consideraba esencial: la educación sexual desde la infancia, entendiéndola no sólo desde el conocimiento fisiológico y de profilaxis higiénica, sino como algo compartido entre ambos sexos, lo que demandaba responsabilidad personal y social ya que entendía que de los ejecutores de un mismo acto, la moral que absolvía al hombre, condenaba irrevocablemente a la mujer.

Supervivencia

Leónidas Barletta, en un texto que aparecía en *Los Pensadores*, en el año 1925,³ confesaba que no olvidaría “que tu boca no me negó el beso”. Esa ramera le había parecido un símbolo vivo y hasta maternal en sus abrazos. Por sincero y por joyas daba su cuerpo, pero también daba “el goce que es don de vida”. La perdonaba si alguna vez había sido mala, si alguna vez lo había enfermado o escupido pues ella daba tanto amor, no por amor ya que nadie la había querido sino por dinero y aún no teniendo cariño, había sido la más cariñosa por excelencia. “Por ti aprendí a vender mi arte, como tu vendías tu cuerpo y mientras que tu fuiste a la cárcel o al hospital, las buenas, las honestas tenían lujo y goces, porque supieron venderse mejor. Ramera, eres hermana mía (...) siempre me dio vergüenza darte dinero por tus besos. Pagarte con tan poca cosa lo que para mí valía lo que la vida misma”.

Conclusiones o Acto de contrición

El problema de cierta literatura redentorista no era poder hacerse cargo de la escasa conciencia sobre la explotación sexual de la cual eran víctimas las prostitutas, sino que al hacerlo, tanto los sectores del socialismo como del anarquismo quisieron iluminar esas conciencias pero de una manera patriarcal o maternal, y se olvidaban de

³ *Los Pensadores*, año IV, 14 de abril de 1925. N° 109.

recordar aquello reprimido que siempre vuelve porque no fue suprimido: la realidad concreta, aquella en cuya oferta laboral difícilmente encontrarán las prostitutas otro oficio que les significara tanto dinero. Justamente y acá los poetas la pifiaban, ¿no significaban esas monedas para esa obrera la vida misma? El poeta increpaba a sus camaradas creando su mito, mientras la prostituta estaba siendo explotada innumerables veces y en diversos planos: uno en la realidad, otro en la ficción. Y es que la vida que defrauda, los deseos incluso más nobles y la voz de los explotados pocas veces es la que aparece en la literatura. Las prostitutas no escriben, cojen. Y si escribieran, posiblemente no alcanzarían a ser publicadas. No es a ellas a quienes hay que redimir, el problema está en otro lado. Si desmitificamos la cosa, salteamos a la víctima inocente y llegamos por fin al sujeto, encontramos que putas y proletarias, -quizás lo primero como consecuencia de lo segundo-, el drama de cada una y de todas estas mujeres pobres de principios de siglo era no sólo la violencia de la explotación sexual a la que tuvieron que someterse sino, fundamentalmente, el enmascaramiento de una relación contractual entre sujetos supuestamente iguales. La verdadera violencia se encontraba en la posibilidad de elegir entre insuficientes ofertas. Con su cuerpo como fuerza de trabajo pudieron escoger sólo entre opciones funestas ya que tarde o temprano sea cual fuere el oficio elegido, su destino les auguraba dolor y enfermedades y servir de carne para el matadero o, lo que no es lo mismo, pero es igual: convertirse en cadáveres para el estudio de la Ciencia.

Bibliografía:

BARRANCOS, Dora, “Presencia de la mujer en las luchas sociales argentinas de principios de siglo”, en: www.mininterior.gov.ar/agn/barrancos.pdf

BETER, Clara, *Versos de una...*, Buenos Aires, Ameghino, 1998.

CARRETERO, Andrés, *Prostitución en Buenos Aires*, Buenos Aires, Corregidor, 1995.

CASTELNUOVO, Elías, *Tinieblas*, Buenos Aires, ed. Tognolini, 1923.

Memorias, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1974.

CORTÉS CONDE R. y CORTES CONDE, E. H., *Historia negra de la prostitución*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1990.

DE BETARTE, Silvia Cabrera, *Una socialista para conocer, querer y emular*, en: www.ps.org.uy/Paulina%20Luisi.htm

DÍAZ, Esther, “Prostitución, política y poesía” en: www.estherdiaz.com.ar/textos/prostitucion.htm

GUY, J. Donna, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, trad. Martha Eguía, 1994.

La voz de la mujer, periódico comunista-anárquico 1896-1897, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2002.

KRONHAUSEN Phyllis y Eberhard, *Sensibilidad sexual de la mujer*, Buenos Aires, Siglo XX, 1967.

MAFUD, Julio, *Conducta sexual de la mujer argentina*, Buenos Aires, Distal, 1991.

MARTIELLO, Liliana, *Apuntes para una historia de la prostitución en Buenos Aires (1920-1940)*, en www.revistapersona.com.ar/persona37/37martiello.htm

MARÍN HERNÁNDEZ, Juan José, “Perspectivas y problemas para una historia social de la prostitución” en: <http://www.ts.ucr.ac.cr/~historia/cuadernos/c13-his.htm>

PORTANTIERO, Juan Carlos, “Las dificultades del realismo” en *Realismo y Realidad en la Narrativa Argentina*, Buenos Aires, ediciones Procyon, 1961. 107.124.

RECALDE Héctor, *Prostitutas reglamentadas en Buenos Aires, 1875-1934*, en *Todo es historia*, N° 286, Buenos Aires, 1992.

Revista *Los Pensadores*, tomo 101-122, editorial Claridad.

ROSA, Nicolás (dir.), *Moral y enfermedad. Un sociograma de época (1890-1916)*, Rosario, Laborde ed, 2004.

SCHALOM Myrtha, *La polaca. Inmigración, rufianes y esclavas a comienzos del siglo XX*, Buenos Aires, Grupo Norma, 2003.

VIÑAS, David, “Armando Discépolo: Grotresco, inmigración y fracaso” en *Literatura Argentina y política*, Buenos Aires, Santiago Arcos ed, 2005. pp.112-175.

YUNQUE, Álvaro, *Versos de la calle*, Buenos Aires, ed Claridad, 1924.